

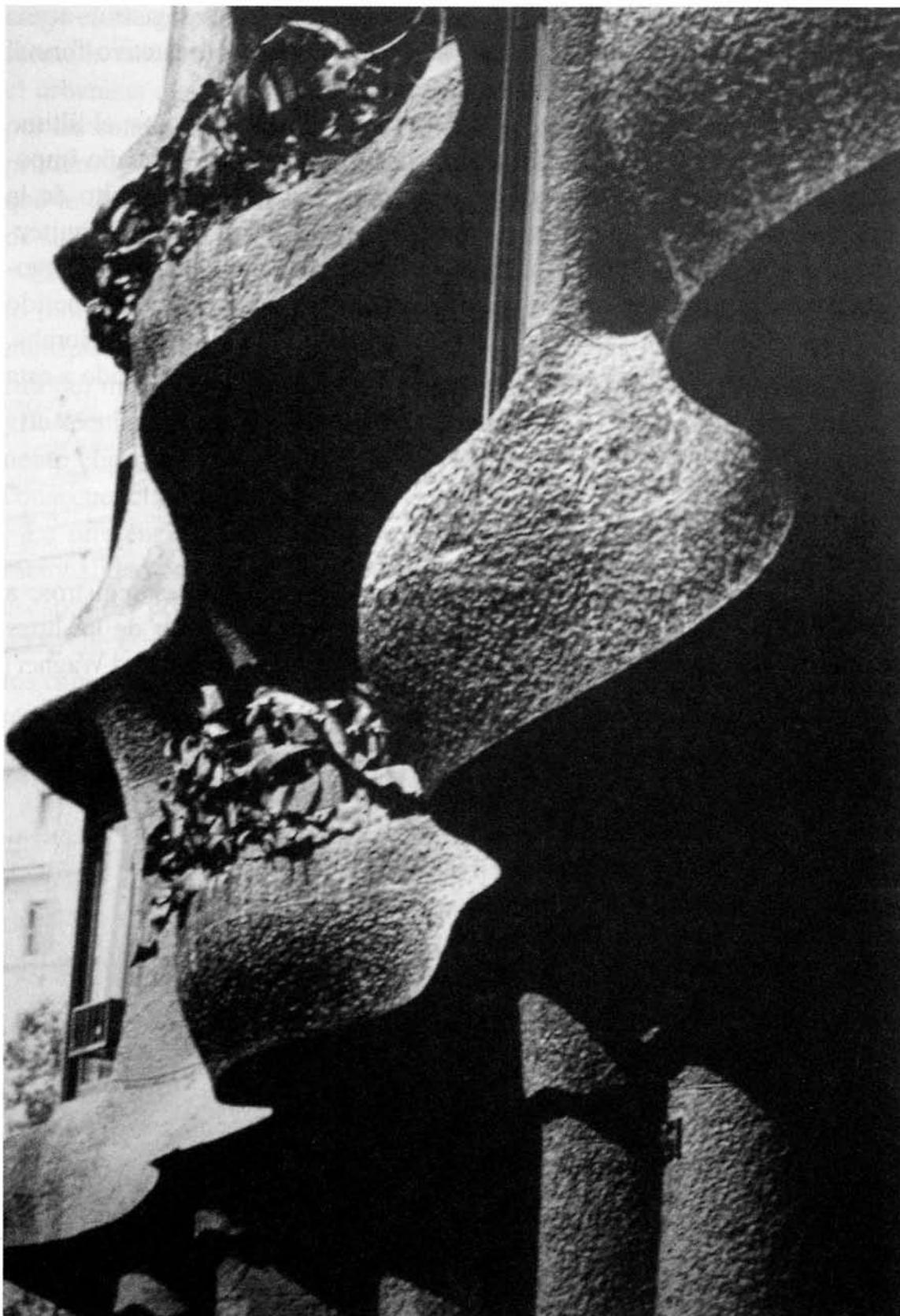
Mientras tanto construiría en Barcelona (y mientras Barcelona –su Ensanche– se construía a ritmo vertiginoso) otros radicales proyectos: la rara imagen de racional modernidad –los singulares arcos de ladrillo– del Colegio de las Teresianas (1888); la Casa Calvet (1898); el inicio del estructural organicismo de su última etapa, apuntado en Torre Bellesguard (1900). La obra de Gaudí se acota básicamente en la ciudad de Barcelona, y puede verse en ello una cierta correspondencia biunívoca (no perdamos de vista que las dos grandes aportaciones de Barcelona a la cultura arquitectónica mundial son el ensanche de Cerdá y la obra de Gaudí).

Al Ensanche barcelonés aportó Gaudí la fuerza y perturbación semántica de sus arquitecturas; muy representativas –ambas en el Paseo de Gracia–, son sus dos principales ideaciones de vivienda colectiva: la Casa Batlló (1904), reforma de un edificio anterior; y la justamente célebre Casa Milá (1906-1910). La primera marca, en su más que expresivo diálogo con la medianera y recién levantada Casa Amatller de Puig i Cadafalch, la definitiva superación de Gaudí respecto a las formas del *Modernisme* catalán; la segunda –«La Pedrera»: la cantera, monolítica y ondulante– va mucho más allá y barrunta, en su configuración formal y constructiva –liberando plantas, fachadas, cubierta–, los *cinco puntos de una nueva arquitectura* que Le Corbusier formulará veinte años después.

Para otros ambientes, muy distintos al de Barcelona, también ideó proyectos: el Palacio Episcopal de Astorga (1887); la «Casa de los Botines» en León (1891); y aun el sorprendente proyecto –no realizado– de un templo para las Misiones Franciscanas en Tánger (1892), que incluye esbeltas torres de afilada forma parabólica, no muy disímiles de las que levantaba en la Sagrada Familia y que guardan extraño parentesco –y ello es indicativo de la versatilidad formal de Gaudí– con las tradicionales construcciones en barro del Tchad, Mali o Costa de Marfil.

Entrando en el nuevo siglo –justo cuando las nuevas generaciones de arquitectos catalanes inician un cierto desapego hacia las formas gaudianas– conoció la obra de Gaudí sus primeras notables resonancias internacionales. En 1908 recibió el encargo de un proyecto para un hotel-rascacielos en Nueva York, que ideó de acuerdo a sus fantásticas formas de apuntados paraboloides; dos años después exponía su obra en la *Société Nationale de Beaux Arts* de París.

Los últimos años de trabajo de Gaudí corroboran la magnitud de su busca, en la que, con absoluta desenvoltura técnica, parecía proponerse –en *tour de force*– nuevas dificultades para poder superarlas. Esta etapa se centra en dos edificios religiosos: la Sagrada Familia y la iglesia de la colonia Güell en Santa Coloma de Cervelló, de la que sólo se llegó a construir la



Fachada de «La Pedrera»

cripta (1898-1915); ambos edificios constituyen un claro registro –acaso más explícito en su propio ser inacabado– del sentido constructivo-formal que lleva Gaudí a extremas consecuencias.

Esa busca nada tenía ya que ver con los coetáneos arquitectos; el último Gaudí, refugiado y casi viviendo hasta sus últimos días en el sueño imposible de la Sagrada Familia, era ya una singularidad en el ámbito de la arquitectura catalana. Era impensable el progreso de la aventura arquitectónica que aún alimentaba, heroicamente, aquel anciano que nadie reconoció cuando la tarde del siete de junio de 1926 un tranvía le dejó malherido en la avenida de Corts; y que tres días después toda Barcelona lloraba, consciente ya del fabuloso patrimonio que el arquitecto había legado a esta ciudad.

El orden de la construcción

La inabarcable figura de Gaudí comprende muy disímiles registros, a menudo contradictorios entre sí: junto al arquitecto integrador de las artes (cabe cifrar en ello su admiración por el ideal romántico de Richard Wagner)



Escuela de la Sagrada Familia